

quebrar fácilmente, y derramar y perderse todo, y andamos en medio de muchos vientos y tempestades y donde hay muchos encontros y peligros. Los que no se conocen bien, ni temen esta fragilidad y flaqueza, viven con una falsa seguridad, y así fácilmente se pierden; mas los que se conocen y temen, andan con grande cuidado y aviso para conservarse, y así viven mas seguros; y si alguna seguridad hay en esta vida, estos la tienen.

De dónde pensais, dice el bienaventurado San Bernardo (1), que ha venido haber sido algunas personas castas en el tiempo de su mocedad, aunque fueron combatidas de graves tentaciones, y venidas á la vejez haber miserablemente caído en vilezas tan feas que ellos mismos se espantaban de sí? La causa fué que en la mocedad vivian con santo temor y humildad, y viéndose tan al canto de caer, acudian á Dios y eran defendidos por él; mas despues que con larga posesion de la castidad comenzaron á engreirse y á confiar de sí mismos y asegurarse, luego en aquel punto fueron desamparados de la mano de Dios nuestro Señor, é hicieron lo que era suyo propio, que es caer.

El bienaventurado San Ambrosio dice (2) que esta es la causa por que muchos que sirven á Dios, y de noche y de dia meditan en su ley, y crucifican su carne, y tienen refrenadas las concupiscencias é incentivos de la sensualidad, y han sido muy pacientes en daños grandes que han recibido y muy constantes en persecuciones que han tenido, al cabo han perdido toda esa firmeza y alteza de vida, y han venido á caer en grandes miserias, porque comenzaron á confiar en su virtud y santidad y en las buenas obras que hacian, pre-

(1) Bernard. de ordine vitae, et morum instit.
(2) Ambr. epist. 84 ad Demetriadem.

sumiendo y confiando desordenadamente en ellas, y á los que el demonio no pudo persuadir amor de vicios manifiestos, ni los pudo derribar con impetu de injurias y persecuciones, los hizo caer blandamente, levantándolos con presunciones de sí mismos.

Llena tenemos la Sagrada Escritura y los Santos de estos ejemplos, y llóralo muy bien el bienaventurado San Agustin: «A muchos habemos visto, dice (1), y de otros oido decir á nuestros mayores, que habian subido hasta el cielo y puesto su nido allá entre las estrellas. ¡Ay! dice San Agustin, que no me puedo acordar de ello sin gran temor; ¡cuántas estrellas han caido del cielo! ¡cuántos que estaban sentados á la mesa de Dios y comian pan de ángeles han venido á desear henchir sus vientres de manjares de puercos! ¡cuántas castidades mas finas y mas hermosas que el marfil antiguo han sido tiznadas y convertidas en carbones de fuego!»

¿A quién no espantará aquel ejemplo que cuenta Lipomano (2), de Jacobo, hermitaño, que despues de haber servido al Señor mas de cuarenta años con grandísimo rigor y penitencia, siendo ya de edad de sesenta años é ilustre en milagros y en echar demonios, le llevaron una doncella para que le sacase un demonio, y despues de echado no osaron los que la trajeron llevarla consigo, porque el demonio no se le atreviese, y él permitió que se quedase con él; y porque se fió y presumió de sí, permitió Dios nuestro Señor que cayese; y porque un pecado llama á otro, hecho el

(1) Vidimus multos, et sudivimus a patribus nostris (quod sine magno tremore non recolo), ascendisse primitus usque ad coelos, et inter sidera nidua, suum collocasse, postmodum autem recidisse usque ad abyssos, et animas eorum in malis obstupuisse; vidimus stellas de coelo cecidisse ab impetu ferientis caudae draconis; et eos, qui jacebant in pulvere terrae, a facie sublevantis manus tuae, Domine, mirabiliter ascendisse. Aug. cap. 28 Soliloq.
(2) Lipoman, tom. 5.

mal recaudo, por miedo de ser descubierto, la mató y echó en un rio; y por remate de todo, desesperando de la misericordia de Dios, se determinó de volver al siglo á entregarse del todo á los vicios y pecados que tan tarde habia comenzado: aunque despues no le faltó la misericordia de Dios, que le volvió á sí; y hecha rigurosísima penitencia de diez años, volvió á cobrar la santidad primera y fué santo canonizado.

¿A quién no espantará el otro monge, de quien dijo el bienaventurado San Antonio: «hoy ha caido una gran columna?» ¿Quién no temblará con esto? ¿quién se fiará de su santidad? ¿quién de religioso? Mirad que han caido otros mejores que vos y que tenian mas virtud y mas dones de Dios que vos. Dice el glorioso San Gerónimo: «¿Por ventura, sois vos mas santo que David, y mas sábio que Salomon, y mas fuerte que Sanson (1)?» Pues todos esos cayeron; y uno de los doce Apóstoles de Cristo cayó, aprendiendo en tal escuela y conversando con tal Maestro y con tales condiscípulos, oyendo tales pláticas y sermones, viendo tantas virtudes y milagros; y uno de los siete diáconos, Nicolao, elegido por los Apóstoles, y que habia descendido el Espíritu Santo sobre él como sobre ellos, fué despues, no solo hereje, sino hereziarca y padre de herejes. ¿Quién no temerá aquella serpiente antigua? Acordaos, dice San Gerónimo (2), que nuestros primeros padres cayeron y fueron echados del paraíso, donde estaban enriquecidos con dones de Dios y con la justicia original, y todo fué por soberbia. Dice San Agustin (3) que en ninguna manera fuera enga-

(1) Nec sanctior David, nec sapientior Salomone, nec Sampson fortior. Hieron. in Regul. Monach., cap. de Castitate.
(2) Memento quod paradysi colonum dejecit de paradiso. Ib.
(3) Aug. lib. 1 contra adversarium legis, et Prophetarum, cap. 5.

nado el primer hombre, si primero allá en su corazon no se hubiera apartado de Dios por soberbia; que verdadera es aquella sentencia del Sábio, pues es del Espíritu Santo: «Antes de la ruina y perdicion precede la elacion del corazon (1).»

Y si no bastan ejemplos de hombres, pasad y subid mas arriba, y allá en el cielo hallareis ejemplos de ángeles que por soberbia y presunción cayeron de la alteza y dignidad tan grande en que Dios los habia criado. «Los que crió, dice Job (2), para servirle en el cielo, no fueron estables, porque en sus mismos ángeles halló pecado.» El bienaventurado San Gregorio va ponderando muy bien á nuestro propósito estas palabras de Job: «Si en aquel oro finísimo se halló tanta escoria, si en aquella nobilísima naturaleza de los ángeles no hubo seguridad, ni estabilidad, ¿qué será de los que moramos en casas de barro? porque el barro fácilmente se quiebra y se desmorona y deshace. ¿Cómo no temerá, ó cómo podrá presumir de sí un alma que está en un cuerpo tal como este, que él mismo cria polilla, y en nosotros tenemos la raíz de nuestra perdicion? Consumiránse como de polilla (3).» Compáralo muy bien á la polilla (dice San Gregorio), porque así como la polilla nace de la vestidura, y corrompe y destruye esa misma vestidura, de donde nace; así en nosotros nuestra carne es como una vestidura del ánima, que cria tambien su polilla, porque de ella nace la tentación carnal que nos va haciendo guerra, y así se viene el hombre á consumir, como de

(1) Contritionem praecedat superbia, et ante ruina exaltatur spiritus. Prov. XVI, 18. Antequam conteratur, exaltatur cor hominis. Prov. XVIII, 12.
(2) Ecce, qui serviunt ei, non sunt stabiles, et in angelis suis reperit pravitatem. Job. IV, 18.
(3) Quanto magis hi, qui habitant domos luteas, qui terrenum habent fundamentum, consumerunt velut á tinea? De mane usque ad vesperam succidentur. Greg. lib. 3. Moral., cap. 27 et 28.

polilla, cuando de la tentacion, que nace de la misma carne, se viene á corromper y á perder: y mas, dijo muy bien «como de polilla,» porque asi como la polilla hace el daño en la vestidura y no hace ruido (1), asi esta polilla de esta mala inclinacion de nuestra carne, y de ese fómite del pecado que tenemos nosotros, hace el daño sin ruido y casi sin sentir, que muchas veces no lo echamos de ver, ni caemos en la cuenta hasta que ya está hecho. Pues si aquellos spiritus angélicos y celestiales, que no tienen cuerpo que les crie esta polilla, ni que les haga guerra y contradiccion y les vaya consumiendo, no duraron ni perseveraron en el bien, ¿qué hombre habrá tan atrevido que confie de sí, teniendo dentro la causa de su tentacion y perdicion?

Pues aprendamos de aquí á andar siempre con este temor y recato; y ¡ay de aquel que no anduviere siempre con él! bien le podeis llorar, porque presto caerá. No lo digo yo, el Espíritu Santo lo dice (2): si no anduviéredes siempre con temor y recato, huyendo el peligro, y guardándo-os de la ocasion, y desechando luego el mal pensamiento, y previniéndo-os para la tentacion, presto caeréis. Y no se engañe nadie con decir: «¡oh! que no siento yo esas tentaciones ni esos movimientos y peligros de tratar, ni de mirar, ni hacen en mi impresion esas cosas.» No os fieis de eso, que os quiere asegurar el demonio de esa manera para despues, al cabo de algun tiempo, cuando vos mas descuidado esteis, armaros una zancadilla, y dar con vos en el suelo, ó por mejor decir, en el infierno. Antes advierten aquí los Santos, que mientras mas mercedes hace el Señor á uno, y mas dones le hubiere comunicado, ha de andar con mayor temor,

(1) Greg. lib. 5. Moral., cap. 18; et lib. 11, cap. 25.

(2) Si non in timore Domini teneris te instanter, cito subvertetur domus tua. Eccles. XXVII, 4.

porque tanto mas solícitos y cuidadosos andan los demonios para hacerle caer. Dijo el Profeta Abacue: «su manjar es escogido (1),» tras esos andan ellos; y mas estima el demonio el hacer caer á un siervo de Dios y á un religioso, que trata de perfeccion, que á muchos millares de otros hombres del mundo, como se verá por los ejemplos que traeremos luego. Y así San Jerónimo en la epístola á la virgen Eustoquio, exhortándola á que mire por sí, y que no se descuide con el alto estado de la virginidad, le dice: «Por estar en mas alto estado, y por tener mas dones de Dios, nuestro Señor, no por eso os habeis de ensoberbecer, ni presumir de vos; antes por eso habeis de andar con mayor temor. Vais cargada de oro, y así habeis de temer mas los ladrones y guardaros de los pasos malos y muy peligrosos. No penseis que ha de haber paz en tierra llena de abrojos y espinas (2).» No hay seguridad en aquesta vida, sino pelea: siempre habeis de andar en centinela. Navegamos en un mar muy tempestuoso y en una navecilla muy flaca de esta carne, cercados de muchos enemigos, que andan bebiendo los vientos y levantando cuantas tempestades pueden para anegarnos, sin jamás descansar, ni dormir, esperando cualquiera ocasion para entrarnos por allí. Y así nos dá voces el glorioso San Pablo: «El que piensa que está en pie, mire no caiga; andad siempre en vela, la barba sobre el hombro (3);» y si alguna cosa nos ha de tener en pie y asegurar, es andar siempre con este santo temor y recelo.

(1) Cibus ejus electus. Habac. I, 16.

(2) Nolo tibi venire superbiam de proposito, sed timorem; onusta incedis auro, latro tibi vitandus est. Stadium est haec vita mortalibus, hic contendimus, ut alibi coronemur. Pacem arbitraris in terra, quae tribulos generat et spinas? Hieron. ep. ad Eust. c. 41.

(3) Evigilate justi, et nolite peccare. I. ad Cor. XV, 34.—Qui se existimat stare, videat ne cadat. I. ad Cor. X, 12.

Una cosa os contar de nuestra Compañía, que viene muy á propósito de lo que vamos diciendo: direla de la manera que la oí. A los principios de la Compañía, cuando el P. Pedro Fabro y el P. Antonio de Araoz vinieron del reino de Portugal á Castilla, enviados del rey de Portugal, don Juan el tercero, con la princesa doña Maria su hija, que venia á casarse con el rey don Felipe segundo, que entonces era principe, tenian los nuestros grande entrada en palacio, y confesaban casi todas las damas y señoras de la corte, y no habia tantos viejos como ahora, todos eran mozos. Y espantábase el mundo, y con razon, de aquello que se pone por cosa maravillosa en la vida de nuestro bienaventurado P. S. Ignacio (1), tanta juventud con tanta castidad. Veíanles por una parte en medio de tantas ocasiones y peligros; y por otra con tanto olor de castidad, que daba esto que decir en la corte. Dicen que el rey, hablando un dia con el P. Araoz, le dijo: «Hánme dicho que los de la Compañía traen consigo una yerva que tiene virtud para conservar la castidad.» Respondió el P. Araoz (que era muy cortesano), «verdad han dicho á vuestra Magestad.» «¿Qué yerva es, por vida vuestra?» «Señor, la yerva que los de la Compañía traen consigo para conservar la castidad, es el temor de nuestro Señor. Esa es la que hace este milagro; porque tiene esta virtud, que hace huir los demonios, como el pez de Tobias echado sobre las brasas (2).» En confirmacion de esto hace aquello del Sábio: «Al que teme á Dios no le vendrá mal ninguno, porque Dios le conservará y librará de todo mal (3).» Y en otra parte

(1) Lib. 3, cap. 13 de la vida de N. P. S. Ignacio.

(2) Tobiae VI, 8.

(3) Timenti Dominum non occurrent mala, sed in tentatione Deus illum conservabit, et liberabit a malis. Eccl. XXXIII, 1.

dice: «El temor de Dios echa fuera el pecado (1).» Pues traigamos siempre esta yerva con nosotros, andemos siempre con este temor, y entendamos que no hay castidad ni santidad segura, sino en el temor santo de Dios. Y así la Sagrada Escritura dice (2) que envejecamos en él, para darnos á entender que no solo conviene esto á los principios sino al fin; no solo los que comienzan sino tambien los criados viejos en la casa del Señor han de vivir con este temor; y no solamente los culpados que tienen por qué temer, sino tambien los justos que no han hecho tanto por qué. Los unos temen porque cayeron, y los otros porque no caigan: á los unos los males pasados y á los otros los peligros venideros deben poner temor. Bienaventurado el hombre que anda siempre con este santo temor (3).

CAPITULO X.

De los bienes grandes que hay en este temor de Dios.

Para que estimemos y apreciemos más este santo temor, y le procuremos siempre conservar en nosotros, diremos aquí algunos de los muchos y grandes bienes que hay en él. Quanto á lo primero, este temor de Dios no solo no causa desconfianza ni desmayo, ni hace á los hombres cobardes ni pusilánimes, antes los hace mas fuertes y mas confiados y animados, como dicen los Santos de la humildad (4), porque hace desconfiar de sí y poner toda la confianza en Dios. San Gregorio dice esto muy bien sobre aquello de Job: «Donde está tu

(1) Timor Domini expellit peccatum. Eccl. I, 27. — Per timorem Domini declinat omnis a malo. Prov. XV, 27.

(2) Serva timorem illius, et in illo veterasce. Eccl. II, 6.

(3) Prov. XXVIII, 14.

(4) Tract. III, c. 10.

temor, allí está tu fortaleza (1). Con mucha razón, dice (2), junta el temor con la fortaleza, porque en el camino de Dios es al revés de lo del mundo, donde la osadía causa fortaleza, y el temor flaqueza y cobardía; pero acá es al contrario, la osadía causa flaqueza y el temor gran fortaleza, conforme á aquello del Sábio: "En el temor de Dios está la confianza de la fortaleza (3)." Y la razón es, porque cuando uno teme mucho á Dios, no halla qué temer en ninguna cosa del mundo; todas las cosas temporales desprecia y las tiene en poco: "El que teme á Dios, de nada tiene miedo, y no se amedrenta, porque él es su confianza (4)." El temor es un género de sujeción á aquello que tememos como á cosa que nos puede dañar en algo; y el que teme mucho á Dios y solamente tiene cuenta con él, y en él pone toda su esperanza, no tiene que temer ni al mundo, ni al tirano, ni á la muerte, ni al demonio, ni al infierno; porque no le puede dañar nada de eso ni aun tocar á un pelo de la ropa sin licencia de Dios; y esta es una fortaleza tan grande, que no la hay en todos los fuertes del mundo, porque es entonces Dios su fortaleza (5).

Mas: este santo temor de Dios no causa congoja, ni amargura de corazón, ni da pena, ni fatiga ninguna, antes es muy dulce y alegre. El temor mundano de perder la honra ó la hacienda, y el temor servil del infierno y de la muerte, causa tristeza y melancolía: pero el temor santo y filial que tienen los buenos hijos, de enojar y ofender á su muy querido Padre, regala el alma, enternece el corazón, derrite las entra-

(1) Ubi est timor tuus, fortitudo tua? Job. IV, 6
 (2) Greg. lib. 5, Moral. c. 43.
 (3) In timore Domini fiducia fortitudinis. Prov. XIV, 16.
 (4) Qui timet Dominum, nihil trepidabit, et non pavebit; quoniam ipse est spes ejus. Eccl. XXXIV, 16.
 (5) Firmamentum est Dominus timentibus eum. Ps. XXIV, 14.

ñas, porque hace andar continuamente en actos de amor de Dios, pidiéndole: «No permitais, Señor, que me aparte jamás de vos; antes muera yo que os ofenda;» conforme á aquello del Sábio: "El temor de Dios es una gloria, y hace gloriarse y causa alegría, y es corona de exultación: el temor de Dios deleitará el corazón, dará alegría, gozo y vida larga. Al que teme á Dios le sucederá bien á lo último de su vida, y en el día de su muerte será bendito (1)." ¡Con qué abundancia de palabras y con cuánta diversidad de afectos declara el Sábio el gozo y alegría que trae consigo el temor de Dios! No es temor este que hace temblar como esclavos por medio de los tormentos, sino es un temor que nace de amor de Dios; y así, cuanto uno mas le ama, tanto mas teme de ofenderle y enojarle: como vemos que lo hace el buen hijo con su padre, y la muger honrada con su marido, que cuanto mas le quiere, tanto mas trabaja por que no haya en casa cosa que le pueda dar pena.

Y para que lo digamos en una palabra: todos los loores, favores, prerogativas y preeminencias que la Sagrada Escritura pone de los humildes, todo lo hallamos dicho de los que temen á Dios, y casi por las mismas palabras. Así como dice la Escritura que Dios mira y pone los ojos sobre los humildes y pobrecitos, así lo dice de los que temen á Dios (2). Y así como dice que Dios ensalza á los humildes y los llena de bienes, lo mismo dice de los que le temen. "En todas las edades tiene Dios misericordia de los que le temen," dice la Sacratísima Reina de los Angeles en su Cántico (3). Y la San-

(1) Timor Domini, gloria, et gloriatio, et laetitia, et corona exultationis: timor Domini delectabit cor, et dabit laetitiam, et gaudium, et longitudinem dierum: timentem Dominum, bene erit in extremis, et in die defunctionis suae benedicetur. Eccl. I, 12.
 (2) Oculi Domini super timentes eum. Eccl. XXXIV, 19.
 (3) Et misericordia ejus a progenie in progenies, timentibus eum. Lucas I, 50.

ta Judith: "Señor, los que os temen serán grandes delante de vos en todo (1)." Y así como los Santos dicen (2) que la humildad es guarda de todas las virtudes y que sin ella no hay virtud, así lo dicen también del temor de Dios; por lo cual el Profeta Isaías llama á este santo temor *tesoro del Señor* (3), porque en él están muy bien guardadas y atesoradas las virtudes. Y por el contrario dicen, que así como el navío que va sin lastre y sin peso, no va seguro, porque cualquier viento recio basta para trastornarle, así tampoco va segura el ánima que camina sin el peso del temor, que es el peso de nuestra ánima, y quita la liviandad del corazón, y la tiene firme y constante, para que el viento de los favores humanos y divinos no la levanten y trastornen; y por muy rica que vaya, si carece de este peso, va á peligro. San Gregorio llama al temor *áncora de nuestro corazón* (4). San Gerónimo dice: «El temor es guarda de las virtudes, y la seguridad hace fácil la caída (5).» Tertuliano: «El temor es fundamento de nuestra salud, porque temiendo nos guardaremos, y guardándonos nos salvaremos: el que anda con recato y solicitud, ese podrá estar mas seguro (6).»

Finalmente, el Sábio, en muchos capítulos de los Sapienciales, va diciendo grandes excelencias y maravillas de la sabiduría, y por remate de todo viene á concluir que el temor de Dios es la sabiduría. Y lo mis-

(1) Qui timent te, magni erunt apud te per omnia. Judith. XVI, 19.
 (2) Ambr. lib. 3 de Virginibus.
 (3) Timor Domini ipse est thesaurus ejus. Isaiae XXXIII, 6.
 (4) Anchora cordis est pondus timoris. Greg. lib. 6 Moral., cap. 27.
 (5) Timor virtutum custos est. Hieron. epist. ad Faviolam de mansionibus.
 (6) Timor fundamentum est salutis: timendo cavebimus, cavendo salvi erimus: qui sollicitus est, is vere poterit esse securus. Tert. lib. de cultu foeminarum, cap. 2.

mo dice el Santo Job (1). Y así todo lo que se dice de la sabiduría, podemos decir también del temor de Dios. Y aun añade el Sábio que el temor de Dios es la plenitud y consumación de la sabiduría, y que sus frutos son muy copiosos y abundantes (2); y viene á concluir con estas palabras: "Grande es por cierto el que ha hallado la sabiduría: pero no es sobre el que teme á Dios. El temor de Dios se ha levantado y encumbrado sobre todas las cosas. Bienaventurado aquel á quien le ha sido dado este don de temor. Quien tiene este don tan grande, ¿á quién le compararemos (3)?"

CAPITULO XI.

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

En el Prado Espiritual se dice: contónos uno de aquellos Padres de Tebas, que era hijo de un sacerdote de los ídolos, que siendo muy muchacho se solía estar con su padre en el templo, y via muchas veces cómo su padre ofrecía sacrificios á su ídolo. Y una vez entró escondidamente detrás de él, y vió á Satanás que estaba sentado en un alto tribunal, y al rededor de él toda su infernal canalla, y uno de los principales se llegó á él y le adoró; Satanás le dijo: «¿de dónde vienes tú?» «He estado, dice, en tal provincia, y levanté y causé muchas guerras y disensiones, y mucho derramamiento de sangre, y he venido á contártelo.» Preguntóle Satanás: «¿y cuánto tiempo gastaste en hacer esto?» Respondió,

(1) Ecce timor Domini ipsa est sapientia, et recedere a malo intelligentia. Job. XXVIII, 28.
 (2) Plenitudo sapientiae est timere Deum, et plenitudo a fructibus illius. Eccles. I, 34.
 (3) Quam magnus, qui invenit sapientiam, et scientiam! sed non est super timentem Dominum. Eccles. I, 20.—Timor Dei super omnia se superposuit: beatus homo, cui donatum est habere timorem Dei: qui tenet illum, cui assimilabitur? Eccl. XXV, 13.

«treinta dias.» Satanás entonces le mandó azotar, diciendo que habia gastado mucho y hecho poco. Despues se llegó otro y adoró al infernal capitan, el cual le preguntó: «y tú, ¿de dónde vienes?» Respondió: «he estado en el mar, y he levantado muchas tempestades y hundido muchas naves, y ahogado muchos hombres, y he venido á darte cuenta de ello.» Preguntóle: «¿en cuánto tiempo has hecho esto?» Respondió: «en veinte dias.» Mandóle azotar porque habia hecho poco en tantos dias. Llegó el tercero, y adoróle, y dijo Satanás: «y tú, ¿dónde has estado?» «He estado en tal ciudad, donde se hacían unas bodas, y los revolví, y murieron muchos, y entre ellos el mismo desposado.» Dijo Satanás: «¿y cuánto tardaste?» «Solo diez dias.» Y sin embargo de tanto mal como habia hecho, le mandó azotar, diciendo: «En los diez dias muchas mas cosas habias de haber hecho.» Estando en esto llegó otro, y adoró á su mal príncipe; él le preguntó: «¿de dónde vienes?» «Vengo del Yermo, donde he estado cuarenta años, tentando y combatiendo á un monje, y al cabo de ellos esta noche pasada le vení, y le he hecho pecar en el pecado de la fornicacion.» Y como esto oyó Satanás, se levantó y le besó; y quitándose la corona que tenia puesta, se la puso en la cabeza y le hizo sentar en una silla junto á sí, diciendo: «una gran hazaña has hecho.» «Yo como esto oí, dije: verdaderamente grande y escelente es la Religion y orden de los monjes. Y así me salté de casa de mis padres, y me hice monje.» Nótese aqui de camino, que de donde otros sacan desestima de los religiosos, por haber caído alguno en alguna flaqueza, sacó este, y con mucha razon, estimar mas la Religion y abrazarla. Otro ejemplo semejante á este cuenta San Gregorio en los Diálogos (1).

(1) Greg. lib. 3, Dialog. cap. 7.

En las *Vidas de los Padres* se lee que un santo hermitaño fué llevado por un ángel á un lugar donde habia un monasterio de religiosos, y vió allí una multitud de demonios que andaban volando como moscas por todas las oficinas y lugares del monasterio. Y yendo á la plaza de la ciudad, vió que en toda la ciudad no habia sino solo un demonio, y ese se estaba ocioso, sentado sobre la puerta de la ciudad; y preguntando él ¿qué era la causa de aquello? Respondió el ángel, que le guiaba, que en la ciudad todos hacian lo que el demonio queria, y así un demonio bastaba para todos; pero en el monasterio todos procuraban resistir al demonio, y por eso andaban tantos demonios sobre ellos, para tentarlos y hacerlos caer.

Paladio cuenta (1) aquel memorable ejemplo, que se refiere tambien en las *Vidas de los Padres*, de un monje, que por muchos años se habia ejercitado en buenas obras y santos ejercicios de religioso, y aprovechado mucho. Al cabo de los cuales tuvo contento vano de sí y jactancia: por lo cual permitió Dios, que miserablemente cayese en un pecado deshonesto con el demonio, que se le apareció en forma de muger muy hermosa, que andaba perdida por el desierto, á la cual él acogió fácilmente, hablando largo con ella, y riendo y tocándole las manos; y finalmente, estaba ya rendido para pecar con ella; y queriendo ponerlo por obra, se le desapareció de entre los brazos, dando una gran voz, tras la cual fueron oidas grandes risadas de muchos demonios que andaban por el aire, y le decian: «Oh, monje, monje, que te levantabas y ensalzabas hasta los cielos, ¿cómo te has hundido hasta el profundo? Aprende, pues, de hoy mas que el que se levanta

(1) Paladius in histor. Lausiaca, cap. 44, et in vita S. Joannis Egyptii.

ta será humillado:» con las cuales palabras parece que los demonios le daban baya, y burlaban de él. Y no paró en esto el miserable, porque despues de haber gastado aquella noche y otro dia en grandes llantos y confusion, vino á desesperar, volviéndose al mundo y soltando la rienda á los vicios.

San Juan Climaco (1) refiere otro ejemplo, que tocamos arriba, de un mancebo, de quien se lee en las *Vidas de los Padres* que llegó á tan alto grado de virtud, que mandaba á las bestias fieras y las hacia servir en el monasterio á los monjes, al cual comparó San Antonio á un navío cargado de ricas mercaderias, y puesto en medio de la mar, cuyo fin no se sabia. Pues este mozo tan fervoroso y tan santo, vino despues á caer miserablemente. Y estando llorando su pecado, dijo á unos monjes que por allí pasaron: «Decid al viejo, esto es, á San Antonio, que ruegue á Dios me quiera conceder diez dias de penitencia.» Oido esto, lloró el santo varón amargamente, y con gran dolor de su corazon, dijo: «Una gran columna de la Iglesia ha caído hoy.» Y pasados cinco dias murió el sobredicho

monje. De manera, que el que primero, dice San Juan Climaco, mandaba á las bestias salvajes, fué al cabo por cruelísimos salvajes derribado y burlado; y el que poco antes se mantenía con pan del cielo, vino despues á mantenerse del lodo y del cieno: y cuál haya sido su caída, no lo quiso declarar el prudentísimo P. Antonio, porque sabia él que era fornicacion.

El P. maestro Avila trae un ejemplo (1) de un santo hermitaño que le dió Dios á conocer el gran peligro en que estaba puesto en esta vida: y como le considerase, puso sobre su cabeza un capirote de luto y cubrió su cara, de manera que no podia ver sino solamente la tierra que iba á pisar, y nunca mas quiso hablar á hombre, y jamás alzó los ojos de la tierra, llorando de verse en tan gran peligro como vive el hombre. Y como le venian á ver muchos á la celda, viendo la gran mudanza que habia hecho, le preguntaban la causa de aquella novedad y de haber pasado de repente á tan extraordinario estremo. Él nunca les respondia otra cosa, sino «dejadme que soy hombre.» Otro Santo decia: «¡ay de mí, que aun puedo ofender á Dios mortalmente,»

TRATADO QUINTO.

De la virtud de la obediencia.

CAPITULO I.

De la escelencia de la virtud de la obediencia.

«Mejor es la obediencia que el sacrificio, y mejor es obedecer que ofrecer grosura

de carneros (2).» Bien sabida es la historia á cuyo propósito se dijeron estas palabras, que fué cuando el rey Saul desohe-

(1) Maestro Avila, tom. III epist.
 (2) Melior est obedientia, quam victimae; et auscultare magis, quam offerre stipem aristum, 1. Reg. XV. 22.